

P. VICENTE LÓPEZ DE URALDE

Un rostro del Padre misericordioso

El año 1992, dos años después de la muerte de nuestro hermano Vicente, se publicó su biografía, cuya presentación empezaba así: “El P. Vicente no es, ni nunca fue, la típica figura del héroe o del antihéroe de ningún relato de novela. En su vida no hubo nada extraordinariamente llamativo: ni la inteligencia, ni el valor, ni la belleza, ni la elocuencia, ni la actividad arrolladora y brillante que arrastra multitudes. No tienes, pues, lector, en tus manos la vida de lo que el mundo entiende por un «héroe»”. Efectivamente, Vicente López de Uralde murió con fama de santidad, pero bien podríamos decir que él es el icono de los que el papa Francisco ha dado en llamar “santos de la puerta de al lado”. En él los frutos del Espíritu aparecen concentrados en lo esencial: la bondad de Dios, rico en misericordia, encontró en él un cauce abierto para mostrarse una vez más, y de manera diáfana, a muchas personas que sentían necesidad de ella.



Vicente nació el 22 de enero de 1894 en la ciudad de Vitoria (España). Su padre era carpintero y su madre costurera, lo que nos da una idea de su modesto nivel económico. Los dos formaron una familia de cinco hijos, dos mujeres y tres varones. Los tres varones serán sacerdotes: dos del clero diocesano y uno marianista. Vicente tomó contacto con la Compañía de María en una escuela de su ciudad, creada para hijos de familias con poco poder adquisitivo y regentada unos pocos años por los marianistas. Él siempre dijo que desde pequeño tenía claro que quería ser sacerdote. El año 1905 ingresó en el postulante que la Compañía de María tenía en Escoriaza, localidad cercana a su ciudad, y en 1910 en el Noviciado situado en la misma Vitoria. Emitió sus primeros votos el 25 de marzo del año siguiente y los perpetuos el 24 de agosto de 1917. Como joven religioso fue profesor en diferentes colegios marianistas, a la vez que estudiaba la licenciatura en Filosofía y Letras que acabó el año 1921. Su formación sacerdotal se desarrolló en el seminario internacional de la Compañía situado en Fribourg (Suiza). Allí recibió la ordenación el 29 de marzo de 1925.

El año 1928 encontramos ya a Vicente en la ciudad de Cádiz donde permanecerá ininterrumpidamente 62 años. En todos estos largos años llevó a cabo un discreto camino de crecimiento en santidad, que se manifestaba en su vida de oración, en su modo de situarse en la vida de comunidad, y en la gran fecundidad de su ministerio sacerdotal, especialmente por medio del sacramento de la Reconciliación. Vale la pena citar algunas descripciones que hacen de él sus superiores en diferentes momentos:

Sacerdote sencillo, alegre y modesto, que goza de una simpatía universal en la Provincia gracias a las cualidades de su corazón. Siempre recibe amablemente a cualquiera que lo aborde. No hace distinción de personas. Su palabra alegre y jovial disipa todo malentendido

entre otras personas y es el lazo de unión de los caracteres más opuestos. La igualdad de humor es, tal vez, la nota dominante de su bella alma (Alonso Thibinger, Viceprovincial, 1928).

Es muy estimado por los Hermanos y los alumnos a causa de su abnegación y su buen carácter, pero no tiene autoridad en clase y los alumnos no aprovechan demasiado (Antonio Martínez, Viceprovincial, 1933).

Sacerdote ejemplar en las relaciones con los Hermanos, abnegado, humilde, es todo para todos. Las clases se le hacen difíciles porque es demasiado indulgente. Es el confesor de media ciudad y de la comunidad (Florentino Fernández, Provincial, 1946).

Goza de fama de santidad entre la gente de fuera, por su paciencia, bondad, abnegación y sencillez franciscana. Con los niños no tiene autoridad. En comunidad es elemento de unión, fervor y alegría (Francisco Armentia, Provincial, 1955).

En pocas palabras aparecen los rasgos sobresalientes del P. Vicente, tanto sus muchas cualidades como también sus limitaciones. Hay que decir que ni la gran miopía que se le manifestó muy tempranamente y que le dejó ciego en sus últimos años, ni los momentos duros en los que se sintió agotado por la cantidad de trabajo, provocaron en él el empeoramiento de su carácter. No estaba destinado a ser un gran profesor ni un intelectual, pero sí un constructor de comunidad y un solícitísimo confesor. Pasaba largas horas en el confesonario y los testimonios de las personas que recibieron de él el perdón de Dios son numerosísimos y coincidentes: se distinguía por su acogida, por su escucha y por saber transmitir la misericordia que sana los corazones. Un religioso marianista lo cuenta así:

Yo también conocí al Padre Vicente en el confesonario y siempre lo encontré allí revestido de Buen Pastor, nunca de juez. El perdón solemne te hacía salir de aquel encuentro esponjado, aliviado y, a la vez, esperanzadamente enardecido.

En la ciudad de Cádiz era muy conocido y querido. A lo largo de su vida recibió allí muchos homenajes. Dos de ellos son significativos por su carácter oficial: el Ayuntamiento le nombró Hijo Adoptivo de la ciudad el año 1968 y le concedió la Medalla de Oro de Cádiz. Falleció el 15 de septiembre de 1990 a los 96 años de edad. Este hermano nuestro está en proceso de beatificación. Finalizada la fase diocesana en enero de 2010, la Positio se encuentra en la Congregación para las Causas de los Santos. Será examinada en diciembre de este año por el Congreso de teólogos.